

PROGRESO
ANARQUISMO
CRISTIANISMO

Discurso pronunciado por el Miembro Honorario

DE LA

ACADEMIA LITERARIA DEL PLATA

DR. JOSÉ M. CABEZÓN

En el Acto público del 30 de Agosto de 1894.



BUENOS AIRES - Almagro.

Tipografía Salesiana del Colegio Pio IX de Artes y Oficios
1894.



ADA es más consolador en los días presentes que la palabra autorizada de un hombre de ciencia proclamando bien alto que no existe el pretendido antagonismo entre el saber y la fe, y demostrando por el contrario que de ese sublime consorcio nacen la tolerancia, el amor recíproco, la justicia, únicas bases de la estabilidad social.

Por eso LA ACADEMIA LITERARIA DEL PLATA ha resuelto publicar el hermoso discurso que su miembro honorario Dr. JOSÉ M. CABEZÓN, pronunciara en el acto del 30 de Agosto último; á la vez que como un homenaje al valiente escritor, por las saludables doctrinas que contiene.

PROGRESO - ANARQUISMO - CRISTIANISMO.

SEÑORAS Y SEÑORES:

En mi carácter de miembro honorario de la Academia Literaria del Plata, tengo el honor de dirigiros la palabra en este solemne acto, dedicado á enaltecer el nombre de la Patrona de América.

Me siento doblemente honrado con unirme al regocijo común el día de Santa Rosa de Lima, hablándoos en el mismo recinto en que ha resonado la elocuencia de los distinguidos consocios que me han precedido en anteriores aniversarios.

Ningún momento más propicio que el actual para echar una rápida ojeada sobre los progresos materiales alcanzados después del descubrimiento del Continente Americano, que también se los ha asimilado desde que aspiró el aliento poderoso de la libertad.

El nombre de Santa Rosa de Lima con su hermoso título de Patrona de América, evoca la hora memorable en que el vigía ansioso, apostado sobre el puente de la carabela descubridora de Colón, velando el sueño del inmortal genio, da el grito de ¡TIERRA! que resonó en el Universo.

De ese simple hecho, surgió nuestra América y llegó á ser grande é independiente.

Y es que con los fenómenos sociológicos y morales, sucede lo que en el mundo físico, que así como no desaparece un solo átomo de materia, ni se pierde la más pequeña fuerza, sino se transforma en una sucesión indefinida de energía y de movimiento; así como la condi-

ción indispensable de la existencia y conservación del Universo es la atracción recíproca de los cuerpos, desde las moléculas hasta el átomo y desde el átomo á los astros; así también, todo esfuerzo humano, moral ó intelectual, es conservado y repercute en el tiempo. Su influencia eficiente en el futuro aumenta siempre, como la velocidad creciente del cuerpo que cae, como la semilla que germina gradualmente, como el destello luminoso que recibimos de las más lejanas nebulosas.

Mi voz que agita el aire hiriendo vuestros oídos en un mismo instante y casi del mismo modo, no abandonará como elemento su sustancia íntima, ni como fuerza dejará de transformarse indefinidamente. Se perderá en la atmósfera en forma de brisa tenue, pero ese mismo aire será puesto después en vibración por otras energías, que á su vez lo impulsarán como suave murmullo en el bosque, ó en violento soplo y rugiente huracán en la llanura.

¿Qué inteligencia será capaz de comprender el ciclo de evoluciones prodigiosas del más pequeñísimo cuerpo y la serie de fuerzas que lo transforman y lo mueven? ¡Solo Dios lo sabe! ¡Y solo Él podría decirnos como es la interesantísima peregrinación de una gota de agua en su viaje secular por el mundo, por el espacio, en las alturas del cielo, en las profundidades del mar, ya sea en forma de lágrima, de suspiro, de rocío, de nieve ó de un arco iris!...

La ciencia ha profundizado y revelado en parte estos misterios, y ha hecho aun más: descubre y aplica la propiedad que tiene una simple lámina de metal para recoger las complicadas vibraciones aéreas, producidas por la palabra, traducidas á la distancia en admirables conmociones eléctricas.

El mismo fluido impalpable trasmite nuestra idea desde uno á otro polo del planeta con la velocidad del rayo, á través del fondo de los mares insondables, y por sobre las más altas cimas. La máquina de vapor llévanos con asombrosa rapidez por sobre la tierra ó sobre el agua,

cual monstruos apocalípticos de acero, potentes y terribles, pero dóciles y obedientes hasta bajo la mano de un niño!

El arte de Gútemberg y la invención de Daguerre perpetúan al hombre en los tiempos.

El aereóstato desafía las leyes de la gravedad y humilla al cóndor en su atrevido vuelo. La paloma mensajera conduce en sus diminutas alas el contenido de un libro.

El microscopio nos ha revelado los misterios del mundo invisible, tan interesante para la conservación de nuestra salud, pues en esa nueva creación, por tantos siglos ignorada, se han descubierto los formidables agentes de la vida y de la muerte.

El hombre actual, superando al potente Júpiter de la Mitología, ha arrebatado al cielo el rayo, haciéndolo servir de mensajero sumiso, de agente de salvación y de arma terrible, marcando también sus horas de placer ó de tristeza, curando sus dolencias ó convirtiendo en días sus noches.

En el fondo del océano los infusorios edifican sus soberbios palacios de coral sobre los cables submarinos, sin sospechar que la chispa divina de la inteligencia recorre su alambre interior, impulsada por una velocidad de cien mil leguas por segundo.

El águila se cree reina del aire y corta su audaz vuelo chocando fatigada con la barquilla del globo dirigible, que conduce al hombre á las alturas, triunfador de los espacios y dominador del viento.

El inocente pajarillo pósase tranquilo en las columnas que sostienen la red aérea que cruza la tierra en todas direcciones, sin inquietarse por los murmullos suaves que conducen el pensamiento de un mundo, los sentimientos, los destinos políticos, y el eco de los intereses morales y materiales de las sociedades contemporáneas.

Ese delgado alambre mudo y misterioso, que lleva y trae las palpitaciones de la vida de todo el orbe; ora el suspiro inmaculado de la virgen, el grito del recién nacido, el gemido del dolor, el último adiós del moribundo,

la explosión del entusiasmo, el cálculo del sabio, la inspiración del genio, es en efecto, la verdadera expresión del poder de la humana inteligencia y de sus progresos en la edad moderna.

Los soles que constelan la bóveda celeste comparecen con admirable precisión á la cita del astrónomo, hecha con anticipación de siglos, desde su observatorio; y los astros son fieles á la invitación con exactitud matemática, presentándose á su vista en el mismo día, hora, minutos y segundos prefijados por su antecesor que ya no existe...

Y el espectroscopio le revela hasta las faces y los agentes de las combustiones gigantescas que se verifican en sus atmósferas de fuego.

No ha bastado al hombre perpetuar á través del tiempo y del espacio su personalidad perecedera, sino que con sublime pretensión, ha querido, *después de morir, seguir viviendo*; y este prodigio se ha realizado con el fonógrafo en que se combinan proyecciones fotográficas movibles, que al fusionarse, unen la acción con el pensamiento, y completan con la forma viviente, el color y el juego fisonómico, unido á la palabra y á la frase del personaje desaparecido. Hase pues materializado así lo incorpóreo, é inmortalizado lo que parecía destinado á fenecer.

La moderna Babel hiergue su torre altísima escalando el cielo, y el submarino sumergido en el fondo del mar, descubre al recorrerlo, los misterios que guardan sus abismos.

Mirad un niño que recién nace: desnudo, impotente, débil, más indefenso y desamparado que todos los seres creados, pues está como ninguno expuesto sin reparo á todas las causas de destrucción. Pero el niño crece y vivirá, y aprenderá á resistir á todos los climas y sin poseer armas de defensa naturales, luchará y vencerá al tigre y á la pantera, y en la gigantesca cuenca abierta por sus manos precipitará los mares; perforará las montañas más elevadas; y obligará á los infinitamente pequeños á revelarles el misterio de la salud y la enfermedad, para preservar su vida y prolongarla.

En pocos años más no faltará cosa alguna por descubrir, ni quedará nada por conquistar, dice en su entusiasmo un escritor. Franceses, alemanes é ingleses, completando la obra de la civilización, han uniformado con la levita negra y el sombrero girondino á los salvajes más auténticos.

Todas las selvas han perdido su virginidad, se han descifrado los misterios más profundos, conocemos con exactitud el árbol genealógico del infusorio diminuto y las combinaciones íntimas que se verifican en la masa incandescente del sol.

Se admite la posibilidad de comunicarnos con Marte; y mañana, como á la Catarata del Niágara, será fácil arrebatarse con algún ingenioso aparato, de la masa del mar, la enorme fuerza malgastada en sus caprichosas mareas.

Si alguien creyó imposible volar, hoy es un hecho realizado gracias al mecanismo sorprendente del aereoplano eléctrico inventado por Maxim.

El mundo material nos es completamente familiar y á la hora de morir de una dolencia ó por un accidente fortuito, la química biológica, nos convence que nadie sucumbe de enfermedad natural, acudiendo pronto, y la Cirugía auxiliada por la Antisepsia y la Mecánica, demuestran el *absurdo* de dejar la vida porque se fracture el cráneo ó se desgarré el vientre, cuando la ciencia consultada á tiempo puede reparar y rectificar á su antojo todas las lesiones é imperfecciones orgánicas. Así se han curado idiotas trepanándoles la bóveda ósea é inoculado juventud vigorosa en organismos gastados, á fin de rejuvenecerlos con nueva savia, y las vacunas de los virus nos preservan de las enfermedades infecto-contagiosas.

Es maravillosa nuestra civilización. Somos libres y señores en la familia, en el Municipio y en el Estado, y cualquier día decretaremos la anexión del espacio y de los astros vecinos.

Sin embargo de todo esto, la verdad, la realidad sensi-

ble, lo que se siente y se palpa es que ni el vapor, ni la electricidad, ni la perforación de las montañas y de los istmos, ni las preparaciones micrográficas, ni los descubrimientos astronómicos y meteorológicos, ni los refinamientos de la industria, ni el gigantesco poder de las armas y agentes de destrucción, ni toda la aglomeración enorme de verdades científicas y políticas adquiridas por el hombre de nuestros días en el vasto arsenal de la espléndida civilización moderna, han bastado para hacer á la humanidad más buena ni más dichosa.

En nuestras brillantes y populosas ciudades, en medio del lujo soberbio y del fausto espléndido de las grandes metrópolis, es precisamente donde se ostentan con más descaro la miseria, el vicio y el crimen, en sus más terribles y repugnantes formas.

A lo largo de nuestros elegantes y concurridos paseos, junto á las magníficas vidrieras de las tiendas á la moda, deslumbrantes de luz y de riquezas, se ven niños abandonados y desnudos, hombres y mujeres andrajosas y demacradas, con las manos extendidas y los pies descalzos.

En sus rostros embrutecidos y macilentos refléjase la tristeza, la privación, la ansiedad, el rencor contra una sociedad egoísta.

En los populosos centros existen hacinamientos repugnantes de seres humanos que viven y mueren en la más triste condición que pueda imaginarse, muy inferior á la de las bestias.

¿En qué se diferencia, esta miserable gente, pregunta un observador, del salvaje que nunca ha conocido los beneficios de la civilización? Y se responde: que aquel no puede sentir el tormento de desearlos sin poder satisfacerlos jamás.

Los periódicos de la gran ciudad mencionan en sus crónicas los numerosos robos, asesinatos, suicidios, y todos los crímenes odiosos impulsados por la miseria, por la desgracia, por el hambre implacable. Y es que esta civilización tan universal y tan humana, celosa de

progreso, henchida de ciencia, de vanidad y de soberbia, parece no haber penetrado más que en las clases privilegiadas y las capas superficiales de la sociedad.

Hemos llegado al límite que marca el enorme contraste del progreso material, frente al profundo decaimiento y descenso moral de nuestra época, que cual grave dolencia aqueja á la sociedad moderna. De un lado grandeza y opulencia; del otro, miseria y pequeñez.

En el punto extremo donde se unen ambos estados opuestos, se encuentra la fórmula terrible del socialismo y del anarquismo, enigma pavoroso que se presenta en todas las conciencias cual terrible esfinge, encerrando en su mutismo aterrador quizá el problema del porvenir de la Europa civilizada.

Los atentados recientes revelan el trastorno profundo del cuerpo social.

Un periodista pregunta. ¿Están bien seguras las sociedades en general y las clases dirigentes de haber hecho todo lo que estaba á su alcance para suprimir los odios entre las clases y su sorda fermentación en el fondo del alma agriada de los proletarios, que ha producido al estallar, estas monstruosas aberraciones de los sentimientos de solidaridad humana ?

¿ Están bien y lealmente convencidos los Gobernantes y particulares de haber ajustado sus procederes á los verdaderos principios de equidad y de simpatía hacia los desvalidos y desheredados ; que deberían formar el fondo de la legislación y de la política á fines del siglo diez y nueve ?

En efecto : es una triste verdad que las clases dirigentes no han sabido aliviar, ni aminorar lo bastante las miserias y sufrimientos del pobre, del desgraciado, verdadero esclavo, el paria de las clases ricas en Europa.

El brillante progreso moderno parece que sólo se obtiene á fuerza de sangre y lágrimas y una pequeña

parte de la humanidad goza y vive de placeres, á costa de los sacrificios y penalidades, del dolor y privaciones del mayor número.

Por su parte, todas las ciencias positivas que estudian al hombre han llegado por diversos caminos á la misma conclusión falsa y desconsoladora de la negación de su alma y de su libertad, ó lo que es lo mismo, al completo desconocimiento de un destino superior y de su noble origen. Las clases pobres, imbuidas de estas teorías malsanas, con una instrucción incompleta, que no saben como aplicar, con apetitos crecientes, no satisfechos, es lógico que se arrojen en la desesperación. El ejemplo, la prédica incesante de los falsos apóstoles, les han arrancado todo credo y el estímulo enfermizo los fanatiza al extremo de subordinarlo todo al logro de sus criminales propósitos. Tienen sed de venganza contra la clase feliz, que en su concepto sólo se ocupa en aglomerar riquezas para gozár de la vida y hartarse de placeres, mientras que el desgraciado, el hambriento, el desesperado, no les merecen más que desdén y menosprecio. Quieren también sentarse ellos en el banquete de la vida y piensan que todos los medios son lícitos para conseguirlo.

¿ Es la falta de caridad y de compasión, la crueldad de las clases ricas para con sus hermanos los pobres, el único factor que ha producido el anarquismo? Debemos agregar el desborde de una educación enfermiza, que ha precipitado la parte desheredada de la sociedad, á arrojarse como lobos famélicos contra los satisfechos y dichosos.

Las clases superiores han estimulado el sensualismo y las pasiones inconfesables de las turbas, faltándoles el freno moderador de la creencia, del amor, la fe y la esperanza en un ideal supremo.

No se ha cuidado lo bastante, á pesar de esfuerzos generosos, de cubrir sus harapos, satisfacer sus necesidades más apremiantes, y darles sin cesar ejemplos de virtud y cristiana conmiseración.

El resultado inevitable de tal estado social son esos crímenes monstruosos, producidos por el veneno que circula en la sangre del organismo enfermo. Es el vicio y el crimen engendrados en los bajos fondos de la miseria, de la desesperación humana encarnada en temperamentos fanáticos, audaces y cínicos, sin Dios, ni ley. Ellos son los experimentadores en el terreno práctico de las teorías demoleadoras, propagadas por los ideólogos socialistas, en la tribuna, en la cátedra, en el periódico, en la novela y en el teatro.

Estos seres airados parece que tuvieran la convicción de representar el derecho y la justicia, tal como en su exaltación se lo imaginan.

Movidos de esa idea, convocan Congresos internacionales, suscitan huelgas y promueven conspiraciones siniestras.

¿Cuál sería el dique poderoso, capaz de contener estos desbordamientos? ¿Cuál el remedio á esta epidemia moral que amenaza en su fundamento la existencia misma de las sociedades modernas?...

La religión, dice Wijzerwa, afirmando y predicando la necesidad del sufrimiento y la promesa de otra vida, ha servido como de vacuna preservadora y saludable contra la rebelión de la soberbia y de las pasiones humanas durante siglos. Cree también que la gran resistencia que oponen los obreros ingleses á las doctrinas socialistas, proviene exclusivamente de que conservan sus sentimientos religiosos. La palabra de *Anarquismo-cristiano* es un contrasentido y la negación de toda creencia sobrenatural. Así lo demuestran los periódicos de la secta, los panfletos y declaraciones de sus jefes y las protestas de ateísmo de que han dado testimonio la mayor parte de los afiliados, hasta poco antes de ser ajusticiados. Ante la propaganda de doctrinas basadas en abstracciones filosóficas, ocurre en todo caso, sostener que es preferible una sola esperanza á cien verdades infecundas y estériles. El *Incognoscible* de Herbert Spencer y el *Inconsciente* de Schopenhauer no pueden

consolar á nadie. Las promesas tentadoras del racionalismo, que quieren destruirlo y arrasarlo todo sin reedificar nada, se han convertido en crueles sarcasmos y horrible confusión para los espíritus, y con razón decía el anarquista Vaillant la víspera de ser guillotinado: « Los sabios nos habían prometido una edad de oro y hacernos felices, y nos han engañado, porque ese reinado de oro no ha llegado.» Pallaz antes de ir al patíbulo contesta á su propia madre que le pedía en nombre de la religión se arrepintiera: No tengo religión alguna, pues si la hubiera tenido, no hubiera hecho lo que hice. En Francia donde el anarquismo hace más estragos el eminente pensador Julio Simón dice que por doquiera se siente allí el aflojamiento de toda autoridad; culpable campaña de 1881, pretendió ser anticlerical, y fué antirreligiosa. La autoridad social, está debilitada, por el desfallecimiento de la patria potestad; la familia, por la facilidad del divorcio y la relajación general de las costumbres.

Después de esto el anarquismo no es más que una consecuencia obligada de tanta corrupción. Y el mal es ya antiguo en el terreno doctrinario, pues el Congreso internacional de 1832, hizo la siguiente declaración de principios:

« Los Anarquistas reunidos en Ginebra están de acuerdo con los puntos siguientes, que creen de su deber exponer á sus compañeros:

« *Nuestro enemigo es nuestro amo.* — Anarquistas, es decir, hombres sin jefe, combatimos todo lo que esté amparado de un poder cualquiera, ó trate en él de ampararse.

« *Nuestro enemigo es el propietario,* que detenta la tierra y hace trabajar al campesino en su provecho; *nuestro enemigo es el patrón* que posee una fábrica y la llena de esclavos del salario; *nuestro enemigo es el Estado,* monárquico, oligárquico, obrero, con sus funcionarios, su estado mayor de oficiales, de magistrados y de policías. *Nuestro enemigo es toda abstracción de la*

autoridad, llámese Demonio ó Dios, en cuyo nombre los sacerdotes han gobernado las almas durante tanto tiempo. *Nuestro enemigo es la ley*, hecha siempre para la opresión del débil por el fuerte y para la justificación y consagración del crimen. Para plantear la reforma social descartamos todos los medios legales, porque son la negación misma de nuestro derecho; rehusamos el sufragio llamado universal, por no podernos despojar de nuestra soberanía individual.»

Comentando tan abominables teorías decía hace poco en el Senado Español el Obispo de Urgel: «Mientras no se destruya el fermento de estas doctrinas subversivas que se desarrollan en las inteligencias de los obreros, que toman cuerpo y se elevan al rango de dogmas de gobierno social, es un absurdo suponer que las masas, sobre todo aquellas á quienes se ha querido apartar de Dios y de la religión, se contengan dentro de los límites del criterio recto y del sentido moral.»

Un célebre escritor francés, de la escuela naturalista, encarna los héroes principales de sus novelas ruidosas en obreros que consideran la idea de Dios como un *estorbo* á la realización de sus planes anárquicos y el mismo novelista, exclama al final de un libro recientemente publicado :

«¡Pobre humanidad enferma, hambrienta de ilusión, que en el estertor de este siglo agonizante, desesperada y dolorida, después de haber adquirido con avidez demasiada ciencia, se cree abandonada de los médicos del alma y del cuerpo, con peligro de sucumbir al mal gravísimo, pide el milagro de su curación á lo sobrenatural, lo único que puede darle un nuevo ideal y librarla del azote del anarquismo.»

En efecto, la sociedad moderna para encontrar su salvación, debe regirse por los eternos principios de justicia inspirados por el Evangelio y hacer penetrar las ideas cristianas en el fondo de las almas, favoreciendo su difusión y práctica en todas las clases.

La doctrina de Cristo ha renovado la naturaleza hu-

mana trayendo á la tierra ideas, sentimientos y esperanzas nuevas, antes desconocidas, y en abierta y completa contradicción con las que dominaban el mundo antiguo, é imperan todavía en el mundo moderno.

El sublime sermón de la montaña las traduce en un lenguaje magnífico, y su eficacia no ha decaído á pesar de los dos mil años transcurridos; más bien se ha acrecentado con los siglos, pues la humanidad es siempre idéntica á sí misma, y las muchedumbres de Tiberíades tenían hambre y sed de justicia como las actuales; sufrían y bullían inquietas, como hoy, y anhelantes, entre encontrados deseos y aspiraciones no colmadas.

Cristo predicóles la pobreza y les hizo amar por vez primera el sufrimiento, tan contrario al parecer á las tendencias de nuestra naturaleza, las lágrimas resignadas y el sacrificio voluntario. Trajo á la tierra el reinado de la dulzura, de la bondad, de la justicia, proclamó el perdón de las ofensas, la santidad de la persecución sufrida por la verdad, y anunció que debía anhelarse todo esto en cambio del odio y del desprecio de los hombres.

Y los pueblos arrastrados y fascinados de un modo irresistible por la palabra de Jesús, aceptaban la nuevas ideas y abrazaban la sublime doctrina, no como un mal, sino como un supremo bien, con la consoladora esperanza de tesoros y bienes superiores, y millares de mártires la sellaron más tarde con su sangre generosa.

Por más que la filosofía de todos los tiempos se afaná por encontrar la fórmula y el secreto de la felicidad humana aquí abajo, de acuerdo con su naturaleza y su elevado destino, no pudo nunca conseguirlo.

Los filósofos modernos plantean de nuevo la solución del eterno problema y los anarquistas pretenden encontrarla en la destrucción de todo el orden social actual.

En las sociedades que se desquician por su enorme desnivel material en las condiciones de la vida, el Evangelio promete á los hombres la recompensa desde la hora presente, por los sacrificios que se hacen en nombre del eterno ideal.

En cambio del desprendimiento de bienes ficticios, les da por otras vías lo que buscan y anhelan ; la paz del alma, la tranquilidad de conciencia, que es la única felicidad positiva. De ella brota, se difunde y esparce aun en torno de las cosas más insignificantes de la vida, un interés y encanto tal, que no igualarán jamás todas las riquezas codiciadas á los que hacen consistir su única dicha en poseerlas.

El egoísmo no está sobre la cruz porque se halla empapada de sangre y lágrimas y el sacrificio es el verdadero y único camino de la felicidad porque es el de la justicia.

Por eso en el mundo antiguo, cruel, esclavizado, degradado, resonó como un hermoso himno de redención la palabra del Cristo :

¡ Bienaventurados los que lloran !

¡ Bienaventurados los pobres !

¡ Bienaventurados los mansos de corazón !

¡ Bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia !

Estas máximas sublimes y desconocidas un tiempo, deslumbraron la sociedad pagana de Tiberio y de Nerón. La humanidad fué conquistada por ellas, á pesar de invertir y de cambiar, puede decirse, de un modo completo, los polos del alma.

Si los pueblos se apartan de esa doctrina salvadora, marchan seguramente á su ruina y decadencia. Con razón ha dicho un pensador, que cuando se arranca la cruz de la conciencia humana, que es el árbol del progreso y de la libertad, el inmenso vacío que deja en los espíritus y en los pueblos, es ocupado por el odio y la desesperación.

Cristo fundó la teoría de la felicidad humana por la abnegación y el sufrimiento, por la inmolación y el sacrificio, llevados al más alto grado.

Supo abrazar y amar el dolor, llevando su cruz é invitándonos á seguirlo. Esta sublime inmolación fué embellecida y embalsamada por la suprema gracia y el perfume exquisito del amor.

Parece que con el poder inaudito de la ciencia moderna, de nuevo el silbido de la serpiente ha sonado en el oído humano, envaneciéndolo una vez más con la fatal palabra: « *Seréis como Dioses.* »

El orgullo no nos permite ser mejores, pero no lo confesamos y por eso el cristianismo nos humilla haciendo estallar la hinchazón vanidosa que nos ensoberbece, reduciéndonos á nuestra verdadera estatura. El nos repite sin cesar: *los primeros serán los últimos y los últimos los primeros.*

Un Padre de la Iglesia explicando el origen del hombre se pregunta por qué Dios para formar su cuerpo se valió del lodo, habiendo criado su alma á imagen y semejanza de su propia dignidad.

« ¿Y por qué aquel ser, dice, á quien debía decorar y dotar con sumo esmero; lo hace con tan vil materia? »

« ¿Por qué no tomó del esplendor del sol la sustancia con que debía formarlo, sino de la tierra, del polvo, del elemento más ínfimo que todo el mundo huella bajo sus pies? ¿Queréis saber por qué? Precisamente porque debía honrarle haciéndolo á su imagen y semejanza, formóle de tan humildes partes, temiendo que un honor tan grande exaltara demasiado su orgullo y á fin de que su superioridad, encontrando justo equilibrio en el recuerdo de su origen, reconociera siempre que no era á sus propios méritos, sino á la munificencia de su Autor que debía referir esta inmensa distinción. »

El mal que aflige á la Europa hoy será también mañana el mal nuestro, si no lo prevenimos con tiempo y nuestros pensadores así lo creen.

Un distinguido Conferencista del Ateneo, declaraba hace poco: « que los que han purificado sus almas cuando jóvenes en la llama de los grandes ideales y de los sentimientos exquisitos que sugiere la educación cristiana, es difícil que no las respeten cuando hombres. » Y el mismo ha dicho: « Nadie sabe donde puede llevarnos, donde precipitarnos este lujo de incredulidad tan difundida, este engreído escepticismo, tan unánime. El

mundo está hastiado de falsedad, de ensueños monstruosos y de escepticismo obscuro. »

Que la sociedad moderna se penetre del espíritu del Evangelio, que sus máximas sublimes se arraiguen en la conciencia y en las costumbres, en la política y en los Gobiernos, único dique poderoso que impedirá el caos y regenerará otra vez al mundo moderno como transformó y salvó al antiguo.

Y al terminar hago votos porque en nuestra sociedad existan siempre agrupaciones simpáticas como la « Academia Literaria del Plata », que sean custodia fiel de las grandes tradiciones, el *sursum corda* para los ideales nobilísimos. Sus esforzados adalides tremolarán muy alto la bandera salvadora, en la lucha por el bien.

Que cada cual cultive en su espíritu el arte de ser más bueno, más manso, más humilde.

Abramos nuestro corazón á las grandes enseñanzas y al ejemplo de Jesús, *amándonos los unos á los otros*.

Sacrifiquemos hasta donde sea posible el orgullo de raza y de casta, la soberbia del dinero y de la posición encumbrada en holocausto del humilde y del pequeño y seamos indulgentes con el que cae extenuado por el hambre y por la sed, y abatido por el vicio.

Desviemos á la nueva generación de ese dañoso positivismo que todo lo subordina en esta vida al goce y al placer y al oro que lo proporciona y lo renueva. Eduquemos el carácter, confortándolo con la creencia, dignificándolo con la esperanza, robusteciéndolo con la fe en el ideal y en los imperecederos destinos del alma.

Renovemos perennemente el culto del ideal, y de la poesía en los espíritus, que revivan siempre en nuestro suelo y que sean perdurables en el alma de nuestra juventud, la bondad, el valor, el trabajo, la austeridad y el sacrificio.

He dicho.



